

## EL APASIONADO REALISMO DE TOM WOLF

El pasado miércoles estaba yo tirado en una acera de Atlanta. Sus edificios brillaban con el sol sureño y acuchillaban un cielo más morado que azul. Yo era un mendigo y me dolían los sabañones de las manos. Una de ellas la tenía extendida hacia el torrente de carne humana que fluía junto a mí. Estaba pidiendo limosna.

De pronto se detuvo un hombre muy alto, vestido con un traje de principios de siglo, completamente blanco. Me pareció tan grande y poderoso como los edificios que herían la amoratada membrana del cielo. Mirándome fijamente se puso a escribir para momificarme en una estructura sintáctica.

“¿Quién es usted?”, pregunté.

“Soy Tom Wolf”, respondió. “Soy el Notario de la sociedad norteamericana.”

“¿Qué es un Notario?”

“Alguien que cuando afirma que algo es realidad nadie puede dudarle. Soy más bien un Notario-escritor, como Balzac, Dickens o Zola. Con un mundo real tan apasionante, ¿para qué adentrarse en el nebuloso reino de la fantasía, del puro producto imaginativo de una víscera gris?”

“¿Y cómo puede estar seguro de que lo que usted ve es lo que existe? Quizás el mundo, como dijo Kant, se nos configura artificialmente en el cerebro. ¿No le parece infantil apasionarse por el realismo cuando tras miles de años de pensamiento ningún filósofo ha podido asegurar la existencia objetiva de *lo real*? Pero le felicito por ser capaz de construir magníficas catedrales de palabras con ese tejido de sueños que Shakespeare consideraba constituyente de la propia Vida. Está usted levantando acta notarial de un sueño soñado desde otro sueño.”

Tom Wolf me escuchó con compasión y me puso en la mano un dollar: una ínfima fracción de los mil millones de pesetas que había recibido como anticipo de su última novela “Todo un hombre”. Gasté aquel dinero en un litro de vino tinto que me bebí ya de noche en esa misma acera. Y el alcohol fue transformando mis nervios en pinceladas de acuarela mientras soñaba que escribía este artículo.